



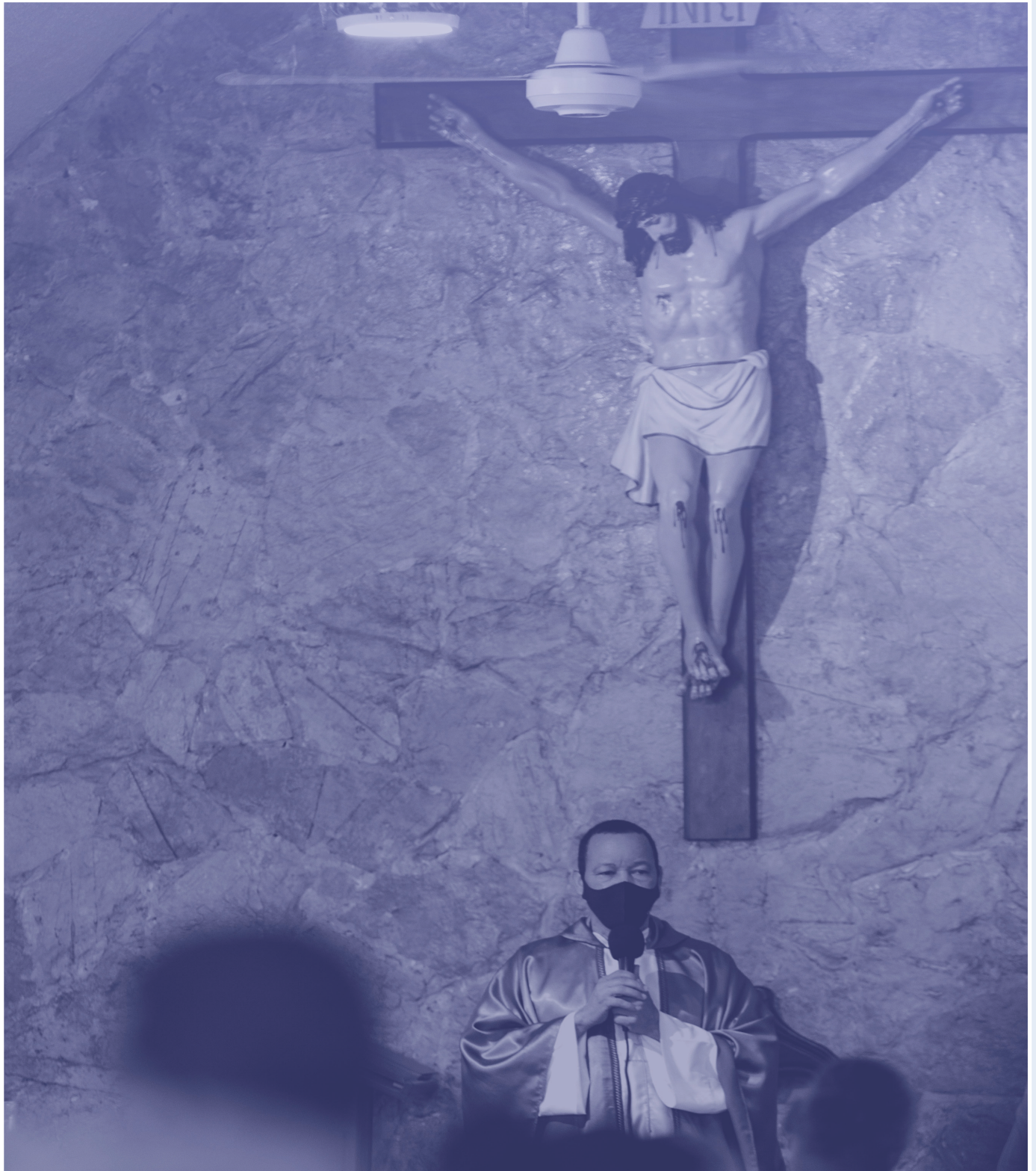
Homilías

P. Félix Castro Morales | Sacerdos

• JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE | 2022

#146

www.centrologos.org



XIV Domingo Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 10, 1-12. 17-20

El evangelio pasado nos hablaba del hecho de que Jesús no es un misionero aislado, no quiere cumplir solo su misión, involucra a sus discípulos. Y vemos que además de los 12 apóstoles, llama a otros 72 y los envía a los pueblos, de dos en dos, para anunciar que el Reino de Dios está cerca. Está claro que Jesús no se contentaba con que escucharan e hicieran reuniones y dedicaron un cierto tiempo a la oración, sino que quiere que practiquen y se vayan responsabilizando de su misión. No hemos destacado convenientemente este aspecto que, por otra parte, está muy claro en el Evangelio.

Estos 72 discípulos que Jesús manda adelante ¿Quiénes son? ¿A quién representan? Si los doce son apóstoles y por lo tanto representan también a los obispos, sus sucesores, estos 72 pueden representar a los otros ministros que han sido ordenados, presbíteros, diáconos. Pero en un sentido más amplio podemos pensar a los otros ministros de la Iglesia, a los catequistas, a los fieles laicos que se empeñan en las misiones parroquiales, a quien trabajan con los enfermos, con las diversas formas de malestar y de marginación. Pero siempre como misioneros del evangelio, con la urgencia del Reino que está cerca (Papa Francisco).

La evangelización es hoy, también, la tarea primera y primordial de los cristianos. Así nos lo recuerdan los documentos de los papas y de los últimos sínodos. La necesidad, por otra parte, es bien patente. Sin tener que pensar en países lejanos y de misiones. Porque es bien claro que nuestras comunidades son como niños en la fe...: casi todos bautizados, pero muy pocos evangelizados. Muchos de nosotros necesitamos una segunda, una nueva evangelización. Porque la primera fue infantil, como de primera comunión, y porque los tiempos que vivimos necesitan una verdadera confirmación en la fe. Además de que la verdadera evangelización es un proceso continuo y dinámico y en etapas.

La Lumen Fidei 38 señala al respecto que “La transmisión de la fe, que brilla para todos los hombres en todo lugar, pasa también por las coordenadas temporales, de generación en generación. Puesto que la fe nace de un encuentro que se produce en la historia e ilumina el camino a lo largo del tiempo, tiene necesidad de transmitirse a través de los siglos y mediante una cadena ininterrumpida de testimonios llega a nosotros el rostro de Jesús”.

Una fe meramente cultural y demasiado cultural, no es una auténtica fe cristiana. Muchos de los bautizados, muchas de nuestras comunidades cristianas se han refugiado en una fe así. El Papa Francisco en la Lumen Fidei 37 dice que “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que escucha y misión, se transmite también como palabra y luz”.

Los cristianos más conscientes y las comunidades más vivas se han dado perfectamente cuenta de esto y están actuando en consecuencia, gastando sus mejores energías en la evangelización. Necesitamos aprovechar toda ocasión para evangelizar: misiones evangelizadoras, la catequesis de niños, la recepción de los sacramentos, sobre todo la Eucaristía o la lectura en familia de la Biblia y del CEC.

Nuestra realidad contrasta con la actitud de Jesús, que prontamente envía a predicar el reino de Dios a sus discípulos y la de muchos sacerdotes y cristianos, que no nos esforzamos por abandonar nuestra pasividad. Por esto, ahora el Papa nos hace conciencia de que “La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos,

y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta misión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos” (LF 37, 1).

¡Qué hermoso es esto!: no vivir para sí mismo, no vivir para sí misma, pero vivir para ir a hacer el bien. Piensen en esto y pregúntense: ¿Jesús me llama para salir de mí mismo para ir a hacer el bien? A ustedes... les pregunto, ¿tienen ustedes el coraje para esto, el coraje para escuchar la voz de Jesús? Es bello ser misioneros. Pero ustedes son buenos y me gusta esto (Papa Francisco).

Queridos hermanos no tengan miedo de tener la alegría, esa alegría que nos da el Señor cuando lo dejamos entrar en nuestra vida y que hoy nos invita a todos nosotros a ir a nuestros hermanos a anunciar el evangelio. No tengan miedo de esa alegría.” (Papa Francisco). María, Estrella de la Evangelización: Santa María, Madre de Dios..., ruega por nosotros, para que vivamos y anunciemos el Evangelio. Ayúdanos a no esconder la luz del Evangelio debajo del celemín de nuestra poca fe, a fin de que los hombres puedan ver el bien y glorifiquen al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5, 14).

Papa Francisco 3 de julio-16

La página evangélica de hoy, tomada del décimo capítulo del Evangelio de Lucas (1-12 17-20), nos hace comprender cuán necesario es invocar a Dios «el Señor de la mies, para que envíe obreros para su mies» (2). Los ‘obreros’ de los que habla Jesús son los misioneros del Reino de Dios, a los que Él mismo llamaba y enviaba «de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde Él debía ir». (1)

Su tarea es anunciar un mensaje de salvación dirigido a todos los misioneros, que anuncian siempre un mensaje de salvación a todos, no sólo a los misioneros que van lejos, también nosotros misioneros cristianos que decimos una palabra buena de salvación. Y éste es el don que nos da Jesús con el Espíritu Santo. Y este anuncio es el de decir: «El Reino de Dios está cerca de ustedes». (9). En efecto, Jesús ha «acercado» a Dios a nosotros; en Jesús, Dios reina en medio de nosotros, su amor misericordioso vence el pecado y la miseria humana.

Y ésta es la Buena Noticia que los «obreros» deben llevar a todos: un mensaje de esperanza y de consolación, de paz y de caridad. Jesús, cuando envía a sus discípulos para que lo precedan en las aldeas, les recomienda: «Digan primero: «¡Que descienda la paz sobre esta casa!»... «Curen a sus enfermos» (5 y 9) Todo ello quiere decir que el Reino de Dios se construye día a día y ofrece ya en esta tierra sus frutos de conversión, de purificación, de amor y de consolación entre los hombres. Es una cosa linda ¡eh! Construir día tras día este Reino de Dios que se va haciendo. No destruir, construir.

¿Con qué espíritu el discípulo de Jesús deberá desarrollar esta misión? Ante todo, deberá tener conciencia de la realidad difícil y a veces hostil que le espera. Pero Jesús no ahorra palabras sobre esto ¡eh! Jesús dice: «Yo los envío como a ovejas en medio de lobos» (3), clarísimo. La hostilidad que está desde siempre, desde el comienzo de las persecuciones de los cristianos, porque Jesús sabe que la misión está obstaculizada por la obra del maligno.

Por ello, el obrero del Evangelio se esforzará en estar libre de condicionamientos humanos de todo tipo, no llevando ni dinero, ni alforja, ni calzado (cfr 4), como ha recomendado Jesús, para confiar sólo en el poder de la Cruz de Cristo. Ello significa abandonar todo motivo de vanagloria personal, de arribismo, de fama, de poder, y ser instrumentos humildes de la salvación obrada por el sacrificio de Jesús, muerto y resucitado por nosotros».

La misión del cristiano en el mundo es una misión estupenda, es una misión destinada a todos, una misión de servicio sin excluir a nadie; requiere tanta generosidad y sobre todo elevar la mirada y el corazón, para invocar la ayuda del Señor. Hay tanta necesidad de cristianos que testimonien con alegría el Evangelio en la vida de cada día.

Los discípulos enviados por Jesús «volvieron llenos de alegría (17). Cuando hacemos esto, el corazón se llena de alegría. Y esta expresión me hace pensar en cómo se alegra la Iglesia, se alegra cuando sus hijos reciben la Buena Noticia gracias a la dedición de tantos hombres y mujeres que cotidianamente anuncian el Evangelio: sacerdotes, esos párrocos buenos que todos conocemos, religiosas, consagradas, misioneras, misioneros.

Queridos hermanos no tengan miedo de tener la alegría, esa alegría que nos da el Señor cuando lo dejamos entrar en nuestra vida y que hoy nos invita a todos nosotros a ir a nuestros hermanos a anunciar el evangelio. No tengan miedo de esa alegría.” (Francisco). María, Estrella de la Evangelización: Santa María, Madre de Dios..., ruega por nosotros, para que vivamos y anunciemos el Evangelio. Ayúdanos a no esconder la luz del Evangelio debajo del celmín de nuestra poca fe, a fin de que los hombres puedan ver el bien y glorifiquen al Padre que está en los cielos (cf. Mt 5, 14).

Rogemos al Señor, por intercesión de la Virgen María, para que no falten nunca a la Iglesia corazones generosos, que trabajen para llevar a todos el amor y la ternura del Padre celeste».

Domingo XV del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 10, 25-37

(Cfr. Papa Francisco, audiencia general, 27 de abril de 2016)

En pleno año jubilar de la misericordia nos sorprende este evangelio de Lucas sobre el buen samaritano, que recoge todos los rasgos de la *caridad misericordiosa*, predicados y vividos por Cristo durante su vida terrena, para que también nosotros le imitemos. Recordemos la parábola (cf. Lc 10, 25-37): un doctor de la Ley pone a prueba a Jesús con esta pregunta: “Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (v. 25). Jesús le pide que se dé a sí mismo la respuesta y aquel, la da a la perfección: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (v. 27). Y Jesús concluye: “Haz eso y vivirás” (v. 28).

Entonces aquel hombre hace otra pregunta, que se vuelve muy valiosa para nosotros: “¿Quién es mi prójimo?” (v. 29), y sobrentiende: “¿mis parientes? ¿Mis connacionales? ¿Los de mi religión?...”. En pocas palabras, él quiere una regla clara que le permita clasificar a los demás en ‘prójimo’ y ‘no-prójimo’, en los que pueden convertirse en prójimo y en los que no pueden convertirse en prójimo.

Y Jesús responde con una parábola en la que convergen un sacerdote, un levita y un samaritano. Las dos primeras son figuras relacionadas al culto del templo; el tercero es un judío cismático, considerado como un extranjero, pagano e impuro, es decir, el samaritano. Éstos encuentran a un hombre moribundo, que los ladrones habían asaltado, saqueado y abandonado. La Ley del Señor en situaciones similares preveía la obligación de socorrerlo, pero los dos primeros pasan de largo sin detenerse. Tenían prisa... El sacerdote, tal vez, miró su reloj y dijo: ‘Pero, llego tarde a la misa... Tengo que celebrar la misa’. Y el otro dijo: ‘Pero, no sé si la ley me lo permite, porque hay sangre y seré impuro...’. Se van por otro camino y no se acercan. Siempre hay pretextos o se suelen poner para no hacer lo que no queremos...

La parábola nos da una primera enseñanza: no es automático que quien frecuenta la casa de Dios y conoce su misericordia sepa amar al prójimo. ¡No es automático! Puedes conocer toda la Biblia, puedes conocer todas las rúbricas litúrgicas, puedes aprender toda la teología, pero no es automático el amar: amar tiene otro camino, es necesaria la inteligencia y algo más... El sacerdote y el levita ven, pero ignoran; miran, pero no proveen. Sin embargo, no existe un verdadero culto si no se traduce en servicio al prójimo. La fe sin obras está muerta...

No olvidemos nunca: frente al sufrimiento de mucha gente agotada por el hambre, la violencia y las injusticias, la ignorancia y la increencia, no podemos permanecer como espectadores. Ignorar el sufrimiento del hombre, su vida sin Dios, ¿qué significa? ¡Significa ignorar a Dios! Si yo no me acerco a ese hombre, a esa mujer, a ese niño, a ese anciano o a esa anciana que sufre, no me acerco a Dios.

Vayamos más al centro de la parábola: el samaritano, que es precisamente aquel despreciado, aquel por el que nadie habría apostado nada, y que igualmente tenía sus compromisos y sus cosas que hacer, cuando vio al hombre herido, no pasó de largo como los otros dos, que estaban ligados al templo, sino que ‘tuvo compasión’ (v. 33), es decir, ¡el corazón, las entrañas se conmovieron! Esa es la diferencia. Los otros dos ‘vieron’, pero sus corazones permanecieron cerrados, fríos. En cambio, el corazón del samaritano estaba en sintonía con el corazón de Dios.

La ‘compasión’ es una característica esencial de la misericordia de Dios. Dios tiene compasión de nosotros. ¿Qué quiere decir? Sufre con nosotros y nuestros sufrimientos Él los siente. Compasión significa ‘padecer con’. El verbo indica que las entrañas se mueven y tiemblan ante el mal del hombre, sea físico o espiritual. Y en los gestos y en las acciones del buen samaritano reconocemos el actuar misericordioso de Dios en toda la historia de la salvación. Es la misma compasión con la que el Señor viene al encuentro de cada uno de nosotros: Él no nos ignora, conoce nuestros dolores, sabe cuánto necesitamos ayuda y consuelo. Nos está cerca y no nos abandona nunca.

Cada uno de nosotros nos hacemos la pregunta y responde en el corazón: “¿Yo lo creo? ¿Creo que el Señor tiene compasión de mí, así como soy, pecador, con muchos problemas y tantas cosas?”. Piensen en esto, y la respuesta es: ‘¡Sí!’. Pero cada uno tiene que mirar en el corazón si tiene fe en esta compasión de Dios, de Dios bueno que se acerca, nos cura, nos acaricia. Y si nosotros lo rechazamos, Él espera: es paciente y está siempre a nuestro lado.

El samaritano actúa con verdadera misericordia: vendar las heridas de aquel hombre, lo lleva a una posada, se hace cargo personalmente y provee para su asistencia. Todo esto nos enseña que la compasión, el amor, no es un sentimiento vago, sino que significa cuidar del otro hasta pagar en persona. Significa comprometerse realizando todos los pasos necesarios para 'acercarse' al otro hasta identificarse con él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Este es el mandamiento del Señor.

Esta parábola es un regalo maravilloso para todos nosotros, y ¡también un compromiso! A cada uno de nosotros, Jesús le repite lo que le dijo al doctor de la Ley: "Vete y haz tú lo mismo" (v. 37). Todos estamos llamados a recorrer el mismo camino del buen samaritano, que es la figura de Cristo: Jesús se ha inclinado sobre nosotros, se ha convertido en nuestro servidor, y así nos ha salvado, para que también nosotros podamos amar y servir como Él.

Domingo XVI Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 10, 38-42

“María, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra” (Oración y trabajo)

El evangelio de hoy nos narra que mientras Marta se desvive en el servicio por su divino Huésped, María, su hermana, se sienta a sus pies para escuchar sus enseñanzas. Tanto Marta como María son mujeres de fe profunda, intensa. Ambas creen que el Señor es el Mesías Salvador y Reconciliador. Creen en Jesús y le creen a Jesús. Tienen una piedad fuerte, un amor grande e intenso y ambas, cada una a su modo y según su personalidad, actúan movidas por su amor al Señor.

Marta y María representan dos dimensiones de la vida de todo discípulo de Cristo: la dimensión contemplativa de oración en María y la dimensión activa de servicio concreto y específico en Marta. Pero hay que decir que la acción no está ausente en María ni la oración en Marta. Al centrar su servicio en el Señor, toda la actividad de Marta se hace oración. Su trabajo es una forma de oración, mientras no pierda de vista lo esencial. El problema surge cuando dividida interiormente y agitada por muchas cosas pretende excluir los momentos fuertes de oración, los momentos de estarse a los pies del Señor en actitud de reverente escucha. Sin esos momentos fuertes de oración (Cfr. CEC 2697) su acción corre el peligro de convertirse en un activismo que roba a la acción de su capacidad de realizar a la persona dando con sus actos gloria a Dios.

María por su parte mantiene un silencio activo escuchando al Señor, en lo que podemos llamar momento fuerte de oración que la prepara para la acción, que sostiene y hace fecunda la vida activa. Lejos, pues, de ver una oposición entre la vida contemplativa y la vida activa, Marta y María muestran un camino de síntesis concreto para la realidad personal de todo discípulo del Señor. El Señor al corregir a Marta no establece una oposición, sino una prioridad de momentos fuertes de oración que nutren y fecundan la vida activa.

¿Quién no tiene infinidad de “cosas que hacer”? Como Marta, cada día andamos de un lado para otro, “a las carreras”, “estresados” por tanto trabajo, estudio y exámenes, actividades sociales, sin poder o saber hacernos un tiempo para “sentarnos a los pies del Señor” para escuchar y meditar tranquilamente su Palabra...

Y cuando logramos darnos un tiempo, ¡qué difícil es hacer silencio en nuestro interior! La agitación y las distracciones nos persiguen, nos sacan de lo que debemos hacer en ese momento: escuchar al Señor, dialogar con Él, dejar que la luz que brota de sus enseñanzas ilumine nuestra vida y conducta, nutrirnos de su Presencia, de su amor y fuerza para poder poner por obra lo que Él nos dice (Cfr. Jn 2,5).

En medio de tanto quehacer, abandonar, postergar o descuidar el encuentro y diálogo íntimo con el Señor aun cuando nuestras actividades buscan servirlo a Él, es caer en lo que el Señor reprocha tiernamente a Marta: “te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola”. En aquella circunstancia concreta de la vida el Señor enseña a Marta que debe aprender a dar la debida prioridad a las cosas: mientras Él está allí no es lo más importante organizarle a Él y a los discípulos que lo acompañan una comida abundante o llenarlo de todas las atenciones posibles, sino que lo más importante es escucharlo, aprender de Él, atesorar sus enseñanzas para ponerlas luego en práctica.

También nosotros debemos aprender a dar un lugar prioritario en nuestra jornada al encuentro con el Señor, buscando un tiempo adecuado para la escucha y meditación de la Palabra del Señor. Sólo en este diario y perseverante ejercicio podremos permitir al Espíritu que nos vaya “cristificando”, es decir, que nos vaya haciendo cada vez más semejantes al Señor Jesús en su modo de pensar, sentir y actuar: “La oración restablece al hombre en

la semejanza con Dios" (CEC 2572).

Al nutrirnos diariamente de estos momentos fuertes e intensos de encuentro con el Señor podremos hacer que toda nuestra acción se vaya haciendo cada vez más *acción según el Plan de Dios*, tornándose la acción misma un continuo acto de alabanza al Padre. Es justamente a esto a lo que debemos aspirar si queremos ser verdaderos discípulos de Cristo que sean luz del mundo y sal de la tierra: a una oración sin interrupción, por la que permanecemos siempre en presencia de Dios.

La oración es como el oxígeno para el ser humano. Ella va acompañando nuestra vida, nuestra lucha por responder al llamado, nuestro creciente proceso de conversión, que termina con el último suspiro. Que María nos enseñe a vivir bajo la inspiración del Espíritu Santo, buscando siempre y en todo momento luchar contra cuanto pueda estar en nuestra vida en contraste con el Plan de Dios, purificando nuestras intenciones, y acogiendo la gracia que ha sido derramada en nuestros corazones para que no sea estéril en nuestro corazón.

Domingo XVII Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 12, 12-14

Pidan y se les dará

El Domingo pasado, desde la experiencia con Jesús de Marta y María, que nuestra vida cristiana ha de ser una vida de oración y acción. Ahora el Evangelio nos dice que Jesús estaba “orando en cierto lugar”. En medio de la actividad el Señor se muestra como un hombre de oración (Cfr. CEC 2599-2606), constituyéndose en modelo que “con su oración atrae a la oración” (CEC 520), ya que el discípulo que contempla a su Maestro en oración experimenta él mismo la necesidad de orar, experimenta el deseo de aprender de quien es el Maestro. Por ello que cuando Jesús termina de orar le dijo uno de sus discípulos: “Señor, enséñanos a orar”.

El Señor no enseña “cómo” orar, no establece un método de oración, sino que enseña *qué decir* en el momento de orar y propone una plegaria muy breve y concreta, cuyo contenido va a lo esencial: “Cuando oren digan: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofenden, y no nos dejes caer en la tentación”.

Dios, a quien el Señor Jesús me enseña a dirigirme con confianza filial, no sólo es mi Padre: es también Padre de Jesucristo, Padre mío y tuyo, de todos los que hemos recibido la vida nueva en Cristo, es “Padre *nuestro*”. Sí, el Señor nos enseña que su Padre es también Padre nuestro y eso nos hace a ti y a mí hermanos, verdaderamente hermanos, unidos por un vínculo más profundo que el de la sangre, el vínculo del Espíritu que hemos recibido el día de nuestro Bautismo. Y si somos hijos de un mismo Padre, no podemos consentir divisiones entre quienes somos de Cristo, más aún, somos responsables los unos de los otros, somos responsables de trabajar por nuestra unidad, por vivir reconciliados en el amor del Señor. No hay fraternidad más profunda y real que ésta: la que se sustenta en la dignidad y condición de ser hijos de un mismo Padre, que es Dios.

Por esto San Cipriano decía: “Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual rogara sólo por sí mismo. No decimos: “Padre mío, que estás en los cielos”, ni: “El pan mío dámelo hoy”, ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedimos para cada uno en particular que no caigamos en la tentación y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo”.

Luego de enseñar a sus discípulos esta fundamental plegaria el Señor continúa su instrucción sobre la oración. La persistencia y la confianza han de ser sus principales características. Con la parábola del amigo importuno enseña cuán insistente debe ser la súplica dirigida al Padre. También Abraham muestra esa terca insistencia al suplicar a Dios que no destruya las ciudades inicuas de Sodoma y Gomorra, en consideración a los pocos justos que allí pudiera haber (1ª. lectura). Jesús por su parte concluye su parábola dándoles la certeza a los discípulos de que serán atendidos por Dios en sus plegarias: “Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra, y al que llama se le abre”.

Sin embargo, el Señor deja entrever que si no reciben lo que piden, es porque están pidiendo algo que no conviene. La razón de no recibir lo que se pide hay que buscarla no en que Dios no escucha, sino en que como Padre Él no dará a sus hijos lo que no es conveniente. Y a veces, aunque no se comprenda de momento, lo más conveniente será la Cruz a la que el Padre en sus misteriosos designios invita al discípulo a abrazarse con firmeza. En esas circunstancias el Hijo por excelencia será también Modelo y Maestro de cómo se ha de rezar: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú” (Mt 26, 39).

Por consiguiente, como dice san Cipriano: “Dios nos enseñó a orar no sólo con palabras, sino también con hechos, ya que Él oraba con frecuencia, mostrando, con el testimonio de su ejemplo, cuál ha de ser nuestra conducta en este aspecto; leemos, en efecto: *Jesús solía retirarse a despoblado para orar; y también: Subió a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios*”.

María Madre y modelo de la oración de la Iglesia, tú que representas al pueblo de Dios, enséñanos a tus hijos cómo dirigirnos a Dios para invocar su ayuda y su apoyo en las varias situaciones de nuestra vida.

"La palabra 'Padre' es el secreto en la oración".

Ángelus del papa Francisco – 24 de julio de 2016

El Evangelio de este domingo se abre con la escena de Jesús que reza solo, apartado; cuando termina los discípulos le dicen: "Señor enséñanos a rezar". Y él responde: "Cuando rezan digan Padre...". Esta palabra es el secreto de la oración de Jesús, es la llave que él mismo nos da para que podamos entrar también nosotros en esa relación de diálogo confiado con el Padre que ha acompañado y sostenido su vida.

Al nombre de "Padre", Jesús asocia dos pedidos: "sea santificado tu nombre, venga tu reino". La oración de Jesús, y por lo tanto la oración cristiana es antes de todo hacerle un lugar a Dios, dejándole manifestar su santidad en nosotros y haciendo avanzar su reino a partir de la posibilidad de ejercitar su señoría de amor en nuestra vida.

Otros tres pedidos completan esta oración que Jesús nos enseña, el Padre Nuestro. Son tres preguntas que expresan nuestras necesidades fundamentales: el pan, el perdón y su ayuda en las tentaciones. No se puede vivir sin pan, no se puede vivir sin en perdón y no se puede vivir sin la ayuda de Dios en las tentaciones.

El pan que Jesús nos hace pedir es aquel necesario, no lo superfluo, es el pan de los peregrinos, del justo, un pan que no se acumula y no se desperdicia, que no vuelve pesada nuestra marcha.

El perdón es sobre todo el que nosotros mismos recibimos de Dios: solamente la conciencia de ser pecadores perdonados por la infinita misericordia divina puede volvernos capaces de cumplir concretos gestos de reconciliación fraterna.

Si una persona no se siente pecador perdonado, nunca podrá hacer un gesto de perdón o de reconciliación. Se inicia del corazón donde nos sentimos pecadores perdonados. El último pedido "no nos abandones en la tentación", expresa la conciencia de nuestra condición, siempre expuesta a las insidias del mal y de la corrupción. ¡Todos conocemos qué es una tentación!

La enseñanza de Jesús sobre la oración sigue con dos parábolas, con las cuales Él toma como modelo la actitud de un amigo hacia otro amigo y el de un padre hacia su hijo.

Ambas nos quieren enseñar a tener plena confianza en Dios, que es Padre. Él conoce mejor que nosotros mismos nuestras necesidades, pero quiere que se las presentemos con audacia y con insistencia, porque este es nuestro modo de participar a su obra de salvación.

¡La oración es el primero y principal 'instrumento de trabajo' en nuestras manos! Insistir con Dios no sirve para convencerlo sino para robustecer nuestra fe y nuestra paciencia, o sea nuestra capacidad de luchar junto a Dios por las cosas realmente importantes y necesarias. En la oración somos dos: Dios y yo a luchar juntos por las cosas importantes.

Entre estas hay una, la gran cosa importante que Jesús nos dice hoy en el Evangelio, pero que casi nunca nos planteamos, y es el Espíritu Santo. "¡Dóname el Espíritu Santo!". Y Jesús lo dice: "Aunque ustedes sean malos, saben dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre vuestro del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo piden". ¡El Espíritu Santo! Tenemos que pedir que el Espíritu Santo venga a nosotros. ¿Pero para qué sirve el Espíritu Santo? Sirve para vivir bien, para vivir con sabiduría, con amor, haciendo la voluntad de Dios. ¡Que linda oración sería que en esta semana cada uno de nosotros le pidiera al Padre: "Padre, dame el Espíritu Santo".

La Virgen nos lo demuestra con su existencia, toda animada por el Espíritu de Dios. Nos ayuda ella a rezar al Padre unidos a Jesús, para vivir no de manera mundana, sino de acuerdo al Evangelio, guiados por el Espíritu Santo».

Domingo XVIII Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 12, 13-21

¿Para quién serán todos tus bienes?

Las Lecturas de este Domingo nos hablan sobre los bienes materiales y los bienes espirituales. Nos advierten acerca del peligro de la avaricia, la cual es un pecado y un vicio relacionado con el apego a los bienes materiales y con el deseo de tener mucho. El Evangelio (Lc. 12, 13-21) nos habla de la avaricia: *“Eviten toda clase de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea”*

Hoy mucho parece girar en torno al dios-dinero: se trabaja para tener no sólo una seguridad económica razonable sino para tener la mayor abundancia posible. Por el dinero o la posesión de las herencias surgen tantas desavenencias entre hermanos, conflictos, divisiones, se generan odios y se maquinan venganzas e incluso asesinatos. La ambición se apodera de muchos corazones cuando el dinero está en juego. Normalmente los que más tienen siempre quieren más, y más se aferran a lo que tienen. Cada vez más la vida gira en torno al tener: los que tienen para no perder lo que tienen y para tener más. Los que no tienen o tienen poco, para llegar a tener más. Hombres o mujeres que se dejan llevar por el ansia de tener, por la codicia, se trastornan y se vuelven cada vez más egoístas e insensibles a las necesidades de los demás. Y aunque se creen dueños de su propio dinero, se vuelven sus esclavos; aunque se creen ricos, viven en la pobreza más espantosa: la del espíritu.

Pero, ¿por qué se ambiciona tanto la riqueza, a veces a niveles obsesivos? El dinero ofrece una sensación de poder y dominio: *“poderoso caballero, don dinero”*, reza una sentencia popular. ¡Cuántas cosas se pueden alcanzar en este mundo cuando se tiene dinero! Tal es su poder que *“hace girar al mundo”* en torno a uno. Quien con el dinero *“todo lo puede comprar”* -cosas lícitas como también ilícitas- experimenta una sensación de seguridad: *“mientras tenga dinero, nada me faltará, nada tengo de qué preocuparme; todo está a mi alcance”*. El Señor advierte que se trata de una falsa sensación de seguridad, pues *la vida de uno no está asegurada por sus bienes*. Los bienes nada pueden contra la muerte, que llegará inexorablemente en el momento menos esperado, quizá cuando más seguros nos sintamos.

El Señor nos invita a estar atentos para no ceder a la codicia, que nos lleva a poner nuestra seguridad última en las riquezas. Ellas no podrán comprarle la vida eterna, todo lo contrario, por su apego, por poner en ellas su confianza, existe el riesgo de que pierda la vida: *“¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?”* (Mc 8,36). Mas esos mismos bienes nos pueden ayudar a *ganar el Cielo* si con actitud desprendida sabemos hacer un recto uso de ellos, administrándolos con sabiduría, para beneficio de muchos, según el corazón de Dios: *“No amontonen tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonen más bien tesoros en el Cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben”* (Mt 6,19-20). Ayudar con obras de caridad o de promoción humana y cristiana es hacerte rico a los ojos de Dios y atesorar riquezas en el Cielo.

Desde esta perspectiva *San Ambrosio* afirmaba: *“En vano amontona riquezas el que no sabe si habrá de usar de ellas; ni tampoco son nuestras aquellas cosas que no podemos llevar con nosotros. Sólo la virtud es la que acompaña a los difuntos. Únicamente nos sigue la caridad, que obtiene la vida eterna a los que mueren”*.

Frente a la codicia, frente a la tendencia a aferrarme a lo que tengo, debo recordar constantemente esta verdad: yo no soy dueño de lo que poseo, sino sólo un administrador. Dios me ha dado todo lo que soy, tengo y puedo alcanzar en la vida. Si todo lo he recibido de Dios, ¿no conviene que también yo aprenda a ser generoso como Él ha sido y es generoso conmigo? ¿Cómo puedo hacer un buen uso de mis bienes, para poder ayudar a otros? No perdamos de vista que sólo somos peregrinos en este mundo, y que el Señor nos pedirá cuentas de lo que hicimos con los talentos que Él nos confió. A quien ha sabido administrar rectamente esos talentos, multiplicándolos para beneficio de todos, el Señor lo premiará con abundancia.

Por esto *San Gregorio de Nacianzo* exhortaba: *“No, hermanos y amigos míos, no seamos malos administradores de los bienes que Dios nos ha regalado, no nos hagamos acreedores a la reprensión de Pedro: “Avergonzaos, los que retenéis lo ajeno, esforzaos en imitar la equidad de Dios, y así nadie será pobre”*. No pongamos nuestro afán en reunir y conservar riquezas, mientras otros padecen necesidad”.

Concluyo con una cita de la Primera carta a *Timoteo*: "A los ricos de este mundo recomiéndales que no sean altaneros ni pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas sino en Dios, que nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos; que practiquen el bien, que se enriquezcan de buenas obras, que den con generosidad y con liberalidad; de esta forma irán atesorando para el futuro un excelente fondo con el que podrán adquirir la vida verdadera" (1*Tim* 6,17-19). Así, el tener queda purificado por el desapego y la comunicación de bienes en el horizonte de la caridad.

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc. 12, 32-48

Hoy el evangelio nos dice: **“Busquen más bien el Reino, y todas las cosas se les darán por añadidura”** (Lc 12,30-31). Según esta enseñanza de Jesús, el Reino de Dios es el Bien absoluto, en cuya comparación todo lo demás no merece otro nombre que “añadidura”. Sólo el Reino de Dios merece ser buscado: “Busquen más bien su Reino”. San Juan de la Cruz no concedía a las demás cosas ni siquiera un pensamiento: “Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él” (Dichos de luz y amor, 32).

Por tanto, la invitación de Jesús no es a cruzarse de brazos y esperar que todo “caiga del Cielo”, a dejar de trabajar para conseguir el sustento diario y cubrir las necesidades cotidianas, sino a **no dejarse dominar por un asfixiante afán de riquezas o un ritmo de trabajo excesivo que termina por excluir a Dios de la vida diaria**. Antes que “ganar” el mundo, el discípulo de Cristo debe preocuparse por conquistar el Reino venidero, la vida eterna. Antes que en el dinero o en las riquezas pasajeras, la confianza debe estar puesta en Dios, pues Él cuida de sus hijos. Lo necesario no les faltará jamás. A buscar en primer lugar el Reino de Dios, todo lo demás Dios lo dará por añadidura.

La exhortación del Señor a **confiar en la Providencia divina culmina con unas palabras muy alentadoras: “No temas, pequeño rebaño, porque el Padre de ustedes ha tenido a bien darles el Reino”**. El Reino de Dios es el don más grande que Dios ha dado al mundo, se identifica con la Persona de Jesucristo. A esto se refiere Jesús cuando declara: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3,16). El Reino es el único don digno del amor de Dios. El don que Dios ha hecho a su pequeño rebaño es darle a Jesús como Pastor. Junto con él le llegan todos los demás bienes, de manera que el cristiano, refiriéndose a Cristo puede decir: “El Señor es mi pastor; nada me falta” (Sal 23,1).

¿Cuál es tu tesoro?, ¿Dónde está tu corazón?: donde está tu tesoro, allí está tu corazón (Cfr. Lc 12, 34). Tu tesoro puede ser el dinero, oro y joyas, o también cualquier otra cosa o persona a la que finalmente tu corazón está totalmente adherido. Para san Pablo todo lo que antes apreciaba resultó ser “basura” en comparación con el conocimiento de Cristo (cfr. Fil 3,7-8), con el Reino. El mismo apóstol escribe a los cristianos de Roma: “El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?” (Rom 8,32). **Cristo es el don supremo de Dios al mundo**. Si nos dio este don, con mayor razón nos dará junto con Cristo -como añadidura- todas las demás cosas. Buscar otras cosas, más que a Cristo, es la mayor desgracia del ser humano.

Hay tesoros que no sólo empobrecen, sino, peor aún, degradan al ser humano. Son falsos tesoros, perlas falsas. Por otro lado, hay riquezas que elevan al ser humano a su máxima grandeza. **Jesucristo es el mayor tesoro para el ser humano**. Al conocerlo a Él, nos adentramos en el propio conocimiento, descubrimos **nuestra propia identidad: ¿quién soy?** ¿Cuál es mi origen, cuál mi destino, cuál el sentido de mi existencia? En la amistad con Él aprendemos a vivir la auténtica amistad. Amándolo a Él experimentamos lo que es verdaderamente el amor, y en la escuela de su Corazón aprendemos a vivir ese amor sin el cual la vida del hombre carece de sentido. Él no sólo es la respuesta a todos nuestros anhelos y búsquedas de felicidad, sino que **en Él podemos saciar nuestra sed de Infinito**. Él es la fuente de nuestra vida, de nuestro amor, de nuestra felicidad. Es decir, en Cristo, al conocerlo, alamarlo, al abrirle las puertas del propio corazón, al “hacerlo nuestro”, podemos proclamar: **¡Vale la pena ser hombre, porque Tú, Señor, te has hecho hombre!** ¡Y te has hecho hombre para elevarme a mí a la participación de tu misma naturaleza divina! (ver 2 Pe 1, 4) ¿Puede haber mayor riqueza que esa, una riqueza incalculable que deviene en un “pesado caudal de gloria eterna” (2Cor 4, 17)?

Ser sabio y sensato es dar a cada cosa su valor real, en vistas a la propia realización, a alcanzar la propia y eterna felicidad. Como un negociante de joyas: es un buen negociante quien conoce su oficio y por lo tanto difícilmente puede ser engañado con piedras falsas o de poco valor. En cambio, un hombre ingenuo y tonto es capaz de cambiar piedras preciosas por baratijas, oro por espejuelos.

Mi propia realización pasa por la objetiva valoración que haga de los “tesoros” que se presentan ante mí, así como de la opción correcta que haga a partir de esta luz objetiva. El discípulo del Señor Jesús debe tener siempre el coraje de abandonar todo aquello que constituya un obstáculo para su verdadera realización y adherir su corazón,

su inteligencia, sus afectos, su voluntad, a lo que es verdaderamente valioso, a lo que finalmente me llevará a “ganar la gloria eterna”, **ganar a Cristo para siempre.**

Domingo XX del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 12, 49-53

No he venido traer la paz, sino la división

Los verdaderos profetas como Jeremías crearon a su alrededor fuertes divisiones y contradicciones pues no halla **lo que se quiere escuchar, sino lo que Dios le dice.**

Jesús anuncia las divisiones y contradicciones que cercan a los verdaderos profetas cuando su mensaje, que es de Dios, se extiende entre las familias y los pueblos.

El ejemplo de los antiguos patriarcas es propuesto en la carta a los Hebreos a quienes saben con certeza hacia donde se encaminan, gracias a la nueva fe que comenzó y termina en Cristo.

San Lucas sigue describiendo el camino del cristiano, que es el de Cristo. El domingo pasado era la vigilancia su característica. Hoy es la fortaleza, la opción clara que exige, la decisión firme de seguir o no a Cristo. Ser cristianos en medio del mundo en que vivimos no es fácil.

La palabra de Dios, este domingo contiene una palabra de Jesús que nos pone en crisis, y que hay que explicarla, contrariamente puede generar malentendidos. Jesús le dice a los discípulos: *¿Piensan que yo he venido a traer paz en la tierra? No, en cambio yo les digo, división. ¿Qué significa esto? Significa que la fe no es una cosa decorativa, ornamental. No es decorar la vida con un poco de religión, como si fuera una torta que la decoramos con crema chantilly.*

Quien conozca, aunque sea mínimamente, el evangelio de Cristo, sabe que es un mensaje de paz por excelencia; Jesús mismo, como escribe san Pablo, "es nuestra paz" (Ef 2, 14), muerto y resucitado para derribar el muro de la enemistad e inaugurar el reino de Dios, que es amor, alegría y paz. ¿Cómo se explican, entonces, esas palabras suyas? ¿A qué se refiere el Señor cuando dice -según la redacción de san Lucas- que ha venido a traer la 'división', o -según la redacción de san Mateo- la "espada"? (Mt 10, 34).

Esta expresión de Cristo significa que la paz que vino a traer no es sinónimo de simple ausencia de conflictos. Al contrario, la paz de Jesús es fruto de una lucha constante contra el mal. El combate que Jesús está decidido a librar no es contra hombres o poderes humanos, sino contra el enemigo de Dios y del hombre, contra Satanás. Quien quiera resistir a este enemigo permaneciendo fiel a Dios y al bien, debe afrontar necesariamente incomprendimientos y a veces auténticas persecuciones.

Por eso, todos los que quieran seguir a Jesús y comprometerse sin componendas en favor de la verdad, deben saber que encontrarán oposiciones y se convertirán, sin buscarlo, en signo de división entre las personas, incluso en el seno de sus mismas familias. En efecto, el amor a los padres es un mandamiento sagrado, pero para vivirlo de modo auténtico no debe anteponerse jamás al amor a Dios y a Cristo.

De este modo, siguiendo los pasos del Señor Jesús, los cristianos se convierten en "instrumentos de su paz", según la célebre expresión de san Francisco de Asís. No de una paz inconsistente y aparente, sino real, buscada con valentía y tenacidad en el esfuerzo diario por vencer el mal con el bien (cf. Rm 12, 21) y pagando personalmente el precio que esto implica.

La Paz de Jesús no es como la del mundo. La paz que nos ofrece el mundo es una paz ficticia, incompleta, equívoca, engañosa... Porque en el mundo las cosas no son como las de Dios. En el mundo la paz puede ser un balance entre violencias opuestas. En el mundo la paz puede ser una serenidad aparente y engañosa. En el mundo la paz puede ser la ley del más fuerte.

La Paz que Cristo nos vino a traer es muy distinta a la del mundo. Muy distinta. Cristo vino a traer la salvación. Y la salvación puede trastornar la paz según el mundo, porque hay unos que buscan a Cristo y su causa -la salvación de la humanidad-, y hay otros que no. He allí la división a la cual se refiere Jesús en este Evangelio: los que están con El y su causa, y los que no están con El y con su causa.

El que se divide es aquél que no sigue a Cristo. De allí que el seguidor de Cristo se siente apartado de los que

no lo están siguiendo. Y pueden ser amigos, parientes o de la propia familia. Y esa división significa que alguno o algunos están haciendo lo que hay que hacer, pues le están siguiendo a Él, Camino, Verdad y Vida.

Toda división trae sufrimiento y ese sufrimiento purifica a quien pretende seguir a Cristo y ve que los suyos no hacen lo mismo. Sufre porque los suyos no están en el Camino que es Cristo. Sufre porque no puede compartir con ellos la Verdad que es Cristo. Sufre porque los suyos no viven la Vida que es Cristo.

De allí que el Señor nos diga antes de hablarnos de esta dolorosa división, en el comienzo del Evangelio de hoy: *“Vine a traer fuego a la tierra. Y cómo quisiera que estuviera ya ardiendo”* (Lc. 12, 49). Es el fuego purificador de su Palabra. Es el fuego purificador de la acción del Espíritu Santo en el mundo y en cada uno de nosotros. Es el fuego purificador del sufrimiento, cualquiera que sea, pero muy especialmente del causado por seguirlo a Él.

La Virgen María, Reina de la paz, compartió hasta el martirio del alma la lucha de su Hijo Jesús contra el Maligno, y sigue compartiéndola hasta el fin de los tiempos. Invoquemos su intercesión materna para que nos ayude a ser siempre testigos de la paz de Cristo, sin llegar jamás a componendas con el mal.

Domingo XXI del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 13, 22-30

"Señor: ¿es verdad que son pocos los que se salvan?"

Las Lecturas de este Domingo nos recuerdan nuestro camino al Cielo. El Señor nos habla en el Evangelio (Lc. 13, 22-30) de la "puerta estrecha" que lleva al Cielo... y de los que quedarán fuera.

El comentario de Jesús se da a raíz de una pregunta que le hace alguien durante una de sus enseñanzas, mientras iba camino a Jerusalén. *"Señor: ¿es verdad que son pocos los que se salvan?"*. La pregunta, como se ve, trata sobre el número; sobre ¿cuántos se salvan: si muchos o pocos? Jesús, respondiendo, traslada el centro de atención del cuántos al cómo se salvan: *"Les dijo: Esfuércense en entrar por la puerta estrecha. Les digo que muchos intentarán entrar y no podrán"*.

¿Cuál es la puerta ancha y cuál la *senda espaciosa* de que habla Jesús? Es la puerta de la autonomía moral, la senda del orgullo intelectual. ¡Cuántas personas, incluso cristianas, viven en la indiferencia, acomodándose a la mentalidad del mundo y cediendo a los halagos del pecado!

La puerta estrecha es, ante todo, la aceptación humilde, en la fe pura y en la confianza serena, de la Palabra de Dios, de sus perspectivas sobre nuestras personas, sobre el mundo y sobre la historia; es la observancia de la ley moral, como manifestación de la voluntad de Dios, en vista de un bien superior la que realiza nuestra verdadera felicidad; es la aceptación del sufrimiento como medio de expiación y de redención, para sí y para los demás, y como expresión suprema de amor; la puerta estrecha es, en una palabra, la aceptación de la mentalidad evangélica, que encuentra en el sermón de la montaña su más pura explicación.

Es necesario, en fin de cuentas, recorrer el camino trazado por Jesús y pasar por esa puerta, que es Él mismo: *"Yo soy la puerta; el que por Mí entrare, se salvará"* (Jn 10, 9). Para salvarse, hay que tomar como El nuestra cruz, negarnos a nosotros mismos en las aspiraciones contrarias al ideal evangélico y seguirle en su camino: *"Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame"* (Lc 9, 23).

Por tanto, si no buscamos la Voluntad de Dios, si no cumplimos con sus Mandamientos, si lo que hacemos es tratar de satisfacer los deseos propios y la propia voluntad, podemos estar yéndonos por el camino fácil y ancho que no lleva al Cielo, sino al Infierno: *"ser echado fuera"*. Dirá así el Señor a los que han obrado mal: *"Yo les aseguro que no sé quiénes son ustedes. Apártense de mí todos ustedes, los que han hecho el mal"*.

"Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un llamamiento apremiante a la conversión: "Entren por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran" (Mt 7, 13-14):

"Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Para que así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra mereceremos entrar con Él en la boda y ser contados entre los santos y no nos manden ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde "habrá llanto y rechinar de dientes"" (LG 48) (CEC 1036).

Debemos recordar siempre una verdad: *"Dios quiere que todos los hombres se salven"* (1 Timoteo 2, 4); pero también es cierto, como dice san Agustín: *Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti...*

Y San Pablo nos exhorta: *"Así pues, queridos míos, de la misma manera que han obedecido siempre, (...), trabajen con temor y temblor por su salvación"* (Fil 2, 12). Salvarnos no es sólo cuestión de vida o de muerte... ¡Es mucho más! nuestra salvación es una cuestión de vida eterna o de muerte eterna... como dice Dante: ¡Oh mortal, que pasas esta puerta, pierde toda esperanza de retorno...!

Domingo XXII del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc. 14, 1; 7-14

"El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".

El Evangelio de Lucas recuerda la enseñanza de Jesús en casa de uno de los fariseos que lo había invitado a comer, ante la gente que estaba observándole: al ver que los invitados elegían los primeros puestos, Jesús enseña las normas de la humildad, no sólo en la mesa, sino en toda la vida cristiana, advirtiéndole: "El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".

Hoy nos centraremos en el tema de la Humildad. La humildad es esa virtud que nos lleva a reconocer lo que realmente somos. Por eso Santa Teresa de Jesús decía que *la humildad es andar en la verdad*. Es decir: la Humildad es vernos tal cual somos. Es saber y reconocer lo que valemos ante Dios.

Si me preguntas que es lo más esencial en la religión cristiana diré que es la humildad. *San Agustín* dice que si hay que escoger una palabra para designar la vida espiritual sería el amor; si dos, sería el amor y la humildad. Son dos conceptos que caracterizan nuestra vida en Cristo. Por esto, nuestro meta, según san Pablo es tener en nosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, 'el cual siendo de condición divina (...) se humilló a sí mismo hasta la muerte y muerte de Cruz' (Fil. 2, 5-11)

Somos cristianos, y para no serlo sólo de fachada, hemos de centrar nuestra vida cotidiana en el modelo supremo de humildad: El Verbo eterno del Padre, quien se hace criatura, sin dejar de ser Dios,... no toma como presa el querer ser igual a Dios... Una vez en su condición de hombre, llega a ser el hombre más humillado. Pero Dios lo exaltó...el itinerario de humillación que recorre Jesús es la fuente de su exaltación. Este es el camino de la exaltación del mismo Dios: humillación-exaltación: "El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".

Dios, el eterno, poderoso..., ha querido abajarse hasta su criatura: el Todo baja a la nada. Dios ha querido este proyecto por amor al hombre. El AT dice que la alegría de Dios es estar con los hombres. Dios goza haciéndose hombre. Dios se goza en la humildad: derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes...Ha mirado la humillación de su esclava. María vive en un pueblo escondido, en la pobreza y oculto de todos.

En la humildad María es Modelo y Madre: en María la Escritura destaca su humildad: ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava...por eso me llamarán buenaventura...; Dios es alabado y honrado en la humildad de María. La clave de la vida de María es ser humilde: a la humilde...la hace excelsa, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. Porque es humilde la hace máximamente capaz de Dios. María es esclava de Dios..., hágase en mí según tu Palabra. Cuando María dice hágase, Dios actúa. La humildad de María es causa de la encarnación.

ELEMENTOS ESENCIALES DE LA HUMILDAD

1ª.) La humildad hace al hombre capaz de Dios: La humildad es la disposición para recibir la gracia. Es fundamento de todas las virtudes. En la teología clásica hay dos virtudes que son fundamento: Santa Catalina de Siena oraba así: Oh bondad sobre toda bondad...nos diste a tu Hijo que somos hedor y tinieblas...Nos amaste y te encarnaste para redimir al hombre.

2ª.) La humildad lleva al conocimiento propio, es decir, a andar en la verdad. Santa Teresa se pregunta: ¿Por qué es Jesús tan amigo de la humildad?, porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en la verdad. La humildad es andar en la verdad, porque Dios es la verdad. Que Dios es la Verdad significa que yo debo descubrir la verdad sobre mí y vivir de acuerdo a la verdad. La verdad sobre uno mismo significa no tener cosa buena de nosotros, sino "miseria y ser nada". Significa reconocer que se es nada delante de Dios: soy la nada frente al todo.

3ª.) La humildad a juzgar con rectitud. La soberbia traspasa la regla de la recta razón, creyéndose más de lo que se es. La humildad no es exageración, es la recta razón porque es la verdad, adecuación entre el ser y la realidad, entre lo que se piensa y el objeto. El conocimiento propio lleva al conocimiento del propio pecado, de todo el mal que hay en el corazón. Santa Teresa de los Andes dice: soy una nada criminal, que se vuelve contra su Dios, con el pecado.

4ª.) La humildad me lleva al conocimiento de lo que Dios hace en mí. Santa Teresita dice: Me parece que si una florcilla pudiera hablar, diría lo que Dios ha hecho por ella, y nunca negaría los dones de Dios, negarlo no sería humildad.

5ª.) La Humildad lleva a la audacia. La combinación de la humildad y la audacia son la clave de la santidad. El reconocimiento de la miseria lleva a los santos a ser sumamente audaces, a hacer mucho.

6ª.) La humildad lleva a la contrición y a beneficiarnos de la misericordia de Dios. Hemos hablado de la nada, de la propia miseria y la conciencia de los pecados, que hacen que seamos menos que nada ante Dios. La conciencia de pecado crece ante el amor a Dios, que hace valorar las miserias ante su amor.

Ayúdanos, Virgen de Nazaret, a ser dóciles a la obra del Espíritu Santo, como lo fuiste tú. Ayúdanos a ser cada vez más humildes, discípulos enamorados de tu Hijo Jesús. Amén.

Domingo XXIII del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc. 14, 25-33

Preferir a Jesús por encima de todo

Una de las cosas que separa al cristianismo de cualquier ideología es la adhesión a la persona de Jesucristo, prefiriéndola a cualquier otra criatura, incluso a la propia vida. Mientras los que siguen la doctrina de Aristóteles, Kant, Hegel, o cualquier otro pensador, la persona de éste no interesa, o interesa en la medida en que pueda ayudar a una mejor comprensión de sus propuestas, en el cristianismo la persona de Jesucristo es lo nuclear, la verdad, el camino, la vida (Cf Jn 14,6). Dios ha salido al encuentro del hombre para establecer una alianza con él. Dios busca un trato de corazón a corazón. Seguir a Jesús implica radicalidad. Jesús es un Señor incompatible con otros señores. El Señor, pues, formula tres exigencias para los que quieran seguirlo:

1ª Exigencia: "el que no me prefiera más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, a su propia vida, no puede ser discípulo mío" (Lc. 14, 26)

A primera vista parece ser una exigencia un poco oscura. Porque Dios mismo nos puso en el corazón el amor natural a los padres, a los hijos, a los seres queridos. Y todos sabemos y experimentamos de forma positiva o negativa cuán decisivo es el ambiente de la familia natural en el éxito o fracaso de la vida humana.

Pero Jesús no se pronuncia contra este natural amor familiar. Pone en claro el criterio, cuando se trata de jerarquizar el amor y sus exigencias: Dios está por encima de todo. Las exigencias más nobles del amor humano pasan al segundo plano, cuando Cristo se hace presente con sus exigencias.

San Benito, que había entendido este pasaje del Evangelio, propone "no anteponer absolutamente nada al amor por Cristo". En definitiva, el amor por Cristo no excluye los otros amores –familia, bienes, sí mismo- sino que los ordena. Solamente en Él cada genuino amor encuentra su fundamento y su apoyo y la gracia necesaria para ser vivido hasta el fondo. Por ejemplo, los esposos, en su amor, estarán subordinados y guiados por el amor que Cristo ha tenido hacia su esposa, la Iglesia.

También María y José tuvieron que experimentar esta contradicción. Fue cuando Jesús, a la edad de 12 años, por voluntad del Padre celestial se quedó en el templo, a pesar de ser buscado desesperadamente por sus padres.

2ª Exigencia: "Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío".

Prueba de que amamos a Jesús es cargar con su cruz. Cargar la propia cruz no significa ir en busca de sufrimientos. Ni siquiera Jesús ha ido a buscarse su cruz; ha tomado sobre sí, en obediencia a la voluntad del Padre, la que los hombres le pusieron sobre sus espaldas y la ha transformado con su amor obediente de instrumento de suplicio en signo de redención y de gloria.

Jesús no ha venido a agrandar las cruces humanas sino, más bien, a darles un sentido a ellas. Tomás de Kempis ha dicho que "quien busca a Jesús sin la cruz, encontrará la cruz sin Jesús"; esto es, sin la fuerza para llevarla. "Si llevas voluntariamente la cruz, ella te llevará a ti y te conducirá al deseado fin, donde el sufrimiento tendrá fin. Si la llevas a la fuerza, te creas un peso que te pesará siempre cada vez más. Si echas fuera una cruz, seguramente, encontrarás otra y posiblemente más pesada... Cargar la cruz es amar a Dios sobre todo y hacer siempre su santa voluntad.

3ª Exigencia: "El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío".

Para llegar al final, al Cielo, Dios nos dice cuál es el cálculo que tenemos que hacer: saber que tenemos que renunciar a todo. Él, que es "Todo", quiere "todo". Y lo quiere, porque sabe que eso que consideramos nosotros nuestro "todo" realmente no es "nada".

Jesús no ilusiona, ni desilusiona a nadie; lo pide todo porque quiere darlo todo, porque es Dios; es más, ya lo ha dado todo: "Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma" (Efesios 5, 2). Un día la Beata Ángela de Foligno, joven, bella, acomodada y viuda, meditaba sobre la pasión del Salvador en una iglesia, cuando, de improviso, sintió resonar en su mente con gran fuerza estas palabras: "¡No te he amado de

broma!" Empezó a llorar porque de golpe se dio cuenta que su amor para con Jesús no había sido, hasta entonces, precisamente, más que "una broma", en comparación con el de Cristo para con ella.

Pidámosle a la Virgen María que nos dé sabiduría y fuerza para seguir fielmente a su Hijo, por los caminos que Él quiere llevarnos. Y que Ella sea la gran estrella en nuestro caminar, tras de las huellas del Señor.

Domingo XXIV Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc15, 11-32)

El amor y la misericordia de Dios para el pecador

La liturgia de este domingo viene a revitalizar el mensaje de este año de la *misericordia*: la misericordia de Dios es la idea común de las tres lecturas: en el Evangelio las tres parábolas son parábolas de la misericordia de Dios; la segunda nos dice que Jesús vino a salvar a los pecadores; el salmo es el salmo del hombre que se arrepiente y Dios que se complace en su conversión, y en la primera lectura, Dios se vale de la mediación de Moisés para perdonar al pueblo. Ahora nos detendremos en la parábola del Padre misericordioso.

Jesús en su predicación empleó con mucha frecuencia las parábolas. ¿Qué sentido tienen las parábolas? Explicar un misterio sobrenatural –de por sí inaccesible a nuestra inteligencia- a través de un suceso ordinario, que nos permite aproximarnos al misterio a través de esa imagen. Es importante no verlas como un mero “cuentito”, sino meternos en el misterio al que apuntan.

Uno de los capítulos más llenos de amor del Evangelio es el capítulo 15 de San Lucas, que hemos escuchado. Allí encontramos las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo, que son ejemplos de la misericordia de Dios para con los hombres: el buen pastor que busca a la oveja perdida, dejando a las otras 99 en el redil hasta que encuentra a la centésima, que estaba extraviada. Aparece también la mujer que había perdido una moneda y barre incansablemente la casa hasta que la encuentra. Y se nos habla de un padre que acoge amorosamente al hijo ingrato y derrochador, a la vez que también muestra su confianza al hijo responsable que había permanecido junto a él.

“En estas parábolas dedicadas a la misericordia, Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia... En estas parábolas, Dios es presentado siempre lleno de alegría, sobre todo cuando perdona. En ellas encontramos el núcleo del Evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (Papa Francisco, Bula *Misericordiae vultus*, n. 9).

Con estas tres parábolas sobre la misericordia, Jesús quiere dejar bien establecido que Jesús ha venido a salvar, que su deseo es tener una fiesta por la salvación de sus hijos. Sobre todo quiere poner al descubierto el corazón tierno y amoroso de Dios. Estas tres parábolas tienen detalles hermosos, que pretenden subrayar la voluntad de misericordia, el deseo incontenible que tiene Dios de salvarnos. El pastor carga sobre sus hombros la oveja perdida, no la empuja golpeándola con la punta de su cayado. La mujer que enciende la lámpara, y que se afana incansablemente en buscar la moneda perdida, y que explota de alegría cuando termina su búsqueda. ¿Será verdad, Dios mío, que explotas de alegría cuando nos encuentras? ¿Será verdad que encendiste todas las luces para buscarnos? ¿Mi Dios, tú nos cargas sobre tus hombros? Señor, hazme entender que por mí haces fiesta.

Pero la que más se ha destacado siempre de las tres parábolas es la del hijo pródigo, y con razón, por la transparencia del amor, por la fuerza del dramatismo, y por la emoción dolida que surge en un padre que ve alejarse al hijo, y de un hijo que llega al extremo del fracaso. Y sobre todo destaca por el amor incondicional del Padre cuando vuelve a abrazar al hijo que se fue.

Lo primero que el Señor quiere inculcarnos es que alejarse de la casa del padre es caminar al fracaso. Una afirmación contundente, pero que es esencial: alejarse de Dios es arruinar la vida. La dignidad del hombre, sólo se salvaguarda en la casa del Padre. La felicidad que se pretende obtener lejos de Dios, termina siendo amargura y fracaso. El ser humano se realiza al calor de Dios, y se destruye cuando camina lejos de Dios. Con frecuencia se tiene (inconscientemente) la idea de que Dios hace la vida aburrida, y que para buscar la felicidad hay que liberarse de cada uno de los diez mandamientos. Se piensa que la felicidad se puede obtener cuando se borran de nuestro pensamiento las ideas religiosas. Se piensa que las orientaciones y las prácticas religiosas hacen la vida reprimida. Y que en la aventura del placer, en que uno rompe todos los esquemas de los “niños buenos”, es donde se encuentra la chispa de la vida, lo emocionante.

Otra enseñanza es que Dios vive impreso en nuestro corazón, su huella es imborrable (una chispa de su vida nos hizo vivir) y que no descansamos hasta que nos volvamos a El de todo corazón. San Agustín decía: “nos hiciste,

Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que no descansa en Ti". Esto es lo que siente el hijo pródigo: una irresistible añoranza de Dios, de su Padre. Cuando ha pasado el torbellino de las aventuras que lo han tenido aturdido, cuando se ha disipado la niebla del placer, se siente sólo, tristemente sólo, necesitando el abrazo de su padre, su voz tranquilizadora. Cuando se sienta a pensar, en esa pocilga que es la descripción de su propia suciedad, siente una honda necesidad de llamar por su nombre a su Padre. Y este fuego interior lo va preparando para verse de nuevo con su Padre ¿cómo imaginaría este muchacho que sería ese encuentro? ¿Cómo soñaría con su padre, la última noche en la pocilga?

Padre, me declaro culpable, pido clemencia, perdón por mis pecados. Me acerco a ti con absoluta confianza porque sé que tú prefieres la penitencia a la muerte del pecador (cfr. Ez 33,11). Miro al horizonte: veo tus brazos abiertos y un corazón de Padre queriendo atraerme con lazos de un amor infinito. Padre, perdóname, quiero recibir tu abrazo eterno.

Domingo XXV Tiempo Ordinario (Ciclo C)

Lc 16, 1-13

Contra los que obligan a los pobres venderse

Hoy nos vamos a centrar en la primera lectura, que habla contra los que obligan a los pobres venderse. El tema es el de **'La corrupción'** (Am. 6, 4-7), que puede servir para describir la situación de corrupción en que se encuentra el mundo. El Profeta acusa y reprocha fuertemente a los que cometen fraude, a los vendedores sin escrúpulos que se enriquecen a expensas de los pobres y que suben los precios aprovechando la necesidad ajena... Y amenaza el Profeta a los que así se comportan con el castigo de Dios, diciendo que el Señor no olvidará jamás ninguna de estas acciones. Es decir: las malas acciones, los actos que van contra la Ley de Dios -y que además hacen daño al prójimo- tienen el castigo de Dios ... o pueden tener el perdón de Dios, si el pecador se arrepiente y no peca más.

Como vemos, el fenómeno de la corrupción siempre ha existido, sin embargo es sólo desde hace pocos años que se ha tomado conciencia de él a nivel internacional. La corrupción es un fenómeno que no conoce límites políticos ni geográficos. Está presente en los países ricos y en los países pobres. La entidad de la economía de la corrupción es difícil de establecer en manera precisa y, en efecto, sobre este punto los datos con frecuencia no coinciden. De cualquier forma se trata de enormes recursos que se sustraen a la economía, a la producción y a las políticas sociales. Los costos recaen sobre los ciudadanos, y los pobres son cada vez más pobres y los ricos más ricos, ya que la corrupción se paga desviando los fondos de su legítima utilización.

El Papa Francisco ha afirmado que *"Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países –en sus gobiernos, empresarios e instituciones– cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes"*.

Los Obispos latinoamericanos en Aparecida dijeron: "Un gran factor negativo en buena parte de la región es el recrudecimiento de la corrupción en la sociedad y en el Estado, que involucra a los Poderes Legislativos y Ejecutivos en todos sus niveles, y alcanza también al sistema judicial que a menudo inclina su juicio a favor de los poderosos y genera impunidad, lo que pone en serio riesgo la credibilidad de las instituciones públicas y aumenta la desconfianza del pueblo, fenómeno que se une a un profundo desprecio de la legalidad. En amplios sectores de la población y particularmente entre los jóvenes crece el desencanto por la política y particularmente por la democracia, pues las promesas de una vida mejor y más justa no se cumplieron o se cumplieron sólo a medias". Todo esto que afirmaban de nuestro Continente, es dolorosamente real en nuestro país.

Jesús hace en la parábola del Evangelio una durísima crítica al dinero que es llamado "injusto" y la propuesta de Jesús es *"con el dinero, tan lleno de injusticias, gánense amigos que, cuando ustedes mueran, los reciban en el cielo"*. Ciertamente no alaba al administrador por sus trampas, sino por el ingenio y la astucia para hacerse amigos. Nosotros ahora también tendríamos que cuestionarnos seriamente sobre nuestro empeño en crear y favorecer la construcción del Reino de Dios, frente al ingenio y la astucia de quienes entregan su vida a la construcción del reino del dinero. Cristo hace una clara oposición entre estos dos reinos. Nosotros con frecuencia nos vemos tentados a unirlos y hasta confundirlos. Debemos tener una clara distinción, no sólo teórica, sino sobre todo en la práctica. No podemos servir a Dios y al dinero.

El profeta Amós, en la primera lectura, nos dice: *"Escuchen esto los que buscan al pobre sólo para arruinarlo... los que disminuyen las medidas y aumentan los precios, alteran las balanzas, obligan a los pobres a venderse; por un par de sandalias los compran y hasta venden el salvado como trigo... Yo no olvidaré jamás ninguna de estas acciones"*.

Quizás nosotros no tengamos grandes sumas de dinero, pero debemos examinarnos bien en nuestros pequeños o grandes fraudes, en la corrupción que generamos o toleramos, cayendo de una o de otra forma en este vergonzoso fenómeno.

Este reproche del Señor nos llama a la vigilancia y al esfuerzo en lo espiritual... ya que ninguno puede escapar del momento en que el Señor -igual que al administrador de la parábola-, nos pedirá cuentas del único negocio realmente importante: nuestra salvación, nuestro fiel cumplimiento a la Voluntad de Dios.

Oremos por los que nos gobiernan

El obispo de Córdoba, en la carta pastoral de esta semana, pide oraciones para que los representantes políticos lleguen a acuerdos y pueda haber un gobierno estable que afronte los problemas de cada día en nuestro país y los grandes problemas en el concierto de las naciones.

Publicamos a continuación la carta pastoral del obispo de Córdoba, Mons. Demetrio Fernández.

En la Palabra de Dios de este domingo, san Pablo ruega a Timoteo que “hagáis oraciones, plegarias y súplicas... por los reyes y por todos los que nos gobiernan” (1Tm 2,1-2). En la oración de la Iglesia, aparece continuamente esta petición “por los que nos gobiernan”, sean del signo que sean. En las peticiones de la Misa, en la gran oración de intercesión del Viernes Santo, en toda ocasión: oremos por los que nos gobiernan. La Iglesia nos invita a orar por los que nos gobiernan, no en virtud de nuestra coincidencia con ellos, sino en virtud de que los constituidos en autoridad tienen la preciosa tarea de servir el bien común, el interés general, y para ello necesitan la virtud de la prudencia. Esa virtud viene de lo alto, y por eso hemos de pedirla a Dios insistentemente para ellos.

“Para que podamos llevar una vida tranquila y sosegada, en paz” (*ibid.*). Ese es el objetivo de los que gobiernan: **que vivamos en paz**. “La paz no es la mera ausencia de la guerra, ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas adversarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino con toda exactitud y propiedad se llama «obra de la justicia»”, dice el Vaticano II (GS 78). Si no hay justicia, no puede haber paz. Pero además de la justicia, la paz es un don de Dios y el fruto del trabajo del hombre, particularmente de los que rigen los destinos de los pueblos. He aquí un bien precioso, la paz, que no está al alcance de todos en todas las partes de la tierra. Cada día nos sorprenden noticias de guerras, conflictos, enfrentamientos, atropello de derechos humanos, injusticias horribles.

La situación política que estamos viviendo en España es preocupante, nos afecta a todos los ciudadanos, también a los cristianos (que somos la inmensa mayoría de los ciudadanos españoles). Tenemos que orar por los representantes de nuestro pueblo, para que, dejando a un lado sus intereses egoístas, busquen de verdad (no sólo de palabra) el interés general de España. Lleguen a acuerdos y pueda haber un gobierno estable que afronte los problemas de cada día en nuestro país y los grandes problemas en el concierto de las naciones. ¿Confiamos que la oración puede alcanzar lo que nuestros consensos humanos son incapaces de lograr? La Palabra de Dios nos exhorta a que oremos por los que nos gobiernan para que llevemos una vida en paz.

El Papa Francisco convoca a todos los católicos a que nos unamos a su oración por la paz en el mundo. Particularmente en la **Jornada de Asís del 20 septiembre**, a la que se unen también ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes y otros líderes religiosos. Quiere el Papa que todos, desde nuestras parroquias e instituciones católicas, unamos nuestra oración a la suya y a la de los líderes religiosos que confluyen en Asís. Puede ser la Santa Misa, o un tiempo de adoración, o el rezo del Rosario u otro acto piadoso. Oremos con confianza por la paz del mundo, que tanto necesitamos.

Es especial intención del Papa Francisco mostrar al mundo entero que la religión no es causante de la guerra, sino factor de paz. Por eso ha titulado la Jornada “*Sed de paz. Religiones y culturas en diálogo*”. Que no se puede matar en nombre de Dios, que no se pueden invocar razones religiosas para atropellar los derechos humanos. Que la religión en todo momento debe ser un factor de paz y de convivencia, de respeto y de tolerancia. Y nunca más causa de guerra.

El cuarto mandamiento de la ley de Dios nos enseña a respetar a nuestras autoridades, a cualquier nivel. Autoridad es la capacidad de hacer crecer una ciudad, un pueblo, a cada persona. La autoridad y su ejercicio supone actitud de servicio, entrega, “caridad política” incluso. Los católicos no deben temer hacerse presentes en la vida pública, en las instituciones educativas y familiares, en los sindicatos y en las empresas. El servicio unido a la autoridad es para el crecimiento de los demás.

Pidamos a Dios por los que nos gobiernan para que podamos llevar una vida tranquila y en paz, no sólo a nivel

de nuestro entorno, sino a nivel mundial, porque se cumpla toda justicia.

“Sigamos la lógica evangélica de la justicia y no la mundana de la corrupción”

Hoy Jesús nos invita a reflexionar sobre dos estilos de vida contrapuestos: aquel mundano y aquel del Evangelio. El espíritu del mundo no es el espíritu de Jesús. Y lo hace mediante la narración de la parábola del administrador infiel y corrupto, que es alabado por Jesús no obstante su deshonestidad (Cfr. Lc 16,1-13). En seguida, es necesario precisar que este administrador no es presentado como un modelo a seguir, sino como un ejemplo de astucia. Este hombre es acusado de una mala gestión de los negocios de su amo y, antes de ser echado, busca astutamente cautivar la benevolencia de los deudores, condonando a ellos una parte de la deuda para asegurarse así un futuro. Comentando este comportamiento, Jesús observa: «Los hijos de este mundo son más astutos en su trato con lo demás que los hijos de la luz» (v. 8).

A tal astucia mundana nosotros estamos llamados a responder con la astucia cristiana, que es un don del Espíritu Santo. Se trata de alejarse del espíritu y de los valores del mundo, que tanto gustan al demonio, para vivir según el Evangelio. Y la mundanidad, ¿Cómo se manifiesta? La mundanidad se manifiesta con actitudes de corrupción, de engaño, de prepotencia, y constituyen el camino más equivocado, el camino del pecado, porque la una te lleva a la otra, ¡eh! Es como una cadena, a pesar – es verdad – que esa sea la más cómoda de recorrer, generalmente. En cambio, el espíritu del Evangelio requiere un estilo de vida serio – serio pero gozoso, ¡eh! Lleno de alegría – y comprometido, impostado en la honestidad, en la rectitud, en el respeto a los demás y a su dignidad, en el sentido del deber. ¡Y esta es la astucia cristiana!

El recorrido de la vida necesariamente implica una elección entre estos dos caminos: entre honestidad y deshonestidad, entre fidelidad e infidelidad, entre egoísmo y altruismo, entre el bien y el mal. No se puede oscilar entre la una y la otra, porque se mueven sobre lógicas diversas y contrastantes. El profeta Elías decía al pueblo de Israel que caminaba sobre estas vías: “Ustedes cojean con los dos pies”. Es una bella imagen. Es importante decidir qué dirección tomar y luego, una vez decidida aquella justa, caminar con impulso y determinación, encomendándose a la gracia del Señor y a la ayuda de su Espíritu. Fuerte y categórico es la conclusión del pasaje evangélico: «Ningún servidor puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se interesará por el primero y menospreciará al segundo» (v. 13).

Con esta enseñanza, Jesús hoy nos exhorta a hacer una elección clara entre Él y el espíritu del mundo, entre la lógica de la corrupción, de la prepotencia y de la avaricia y aquella de la rectitud, de la mansedumbre y del compartir. Alguno se comporta con la corrupción como con las drogas: piensa de poderlas usar y dejarlas cuando quiere. Se comienza con poco: un manojo de aquí y una coima de allá... Y entre esta y aquella lentamente se pierde la libertad. También la corrupción produce dependencia, y genera pobreza, explotación, sufrimiento. ¡Y cuantas víctimas existen hoy en el mundo! Cuántas víctimas de esta difundida corrupción. En cambio, cuando buscamos seguir la lógica evangélica de la integridad, de la transparencia en las intenciones y en los comportamientos, de la fraternidad, nosotros nos convertimos en artesanos de justicia y abrimos horizontes de esperanza para la humanidad. En la gratuidad y en la donación de nosotros mismos a nuestros hermanos, servimos al amo justo: Dios.

La Virgen María nos ayude a escoger en cada ocasión y a todo costo el camino justo, encontrando también el coraje de caminar contra corriente, para poder seguir a Jesús y a su Evangelio

Domingo XXVI Tiempo Ordinario (CicloC)

Lc. 16, 19-31

Maldita riqueza y bendita pobreza

A lo largo de la liturgia de este domingo se pone de manifiesto cómo el excesivo afán de confort, de bienes materiales, de comodidad y lujo lleva en la práctica al olvido de Dios y de los demás, y a la ruina espiritual y moral. El Evangelio nos describe a un hombre que no supo sacar provecho de sus bienes. En vez de ganarse con ellos el Cielo, lo perdió para siempre. Se trata de un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes. Mientras que muy cerca de él, a su puerta, estaba echado un mendigo, Lázaro, cubierto de llagas, deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros le lamían sus llagas.

En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable.

Este hombre rico vive a sus anchas en la abundancia; no está contra Dios ni tampoco oprime al pobre. Únicamente está ciego para ver a quien le necesita. Vive para sí, lo mejor posible. ¿Su pecado? No vio a Lázaro, a quien hubiera podido hacer feliz con menos egoísmo y menos afán de cuidarse de lo suyo. No utilizó los bienes conforme al querer de Dios. No supo compartir. "La pobreza -comenta San Agustín- no condujo a Lázaro al Cielo, sino su humildad, y las riquezas no impidieron al rico entrar en el eterno descanso, sino su egoísmo y su infidelidad".

El egoísmo, que muchas veces se concreta en el afán desmedido de poseer cada vez más bienes materiales, deja ciegos a los hombres para las necesidades ajenas y lleva a tratar a las personas como cosas; como cosas sin valor. Pensemos hoy que todos tenemos a nuestro alrededor gente necesitada, como Lázaro. Y no olvidemos que los bienes que hemos recibido para administrarlos bien, con generosidad, son también afecto, amistad, comprensión, cordialidad, palabras de aliento...

Jesús le da un nombre al pobre, mas no al rico. Al revés de lo que pasa en este mundo: los ricos tienen nombre y renombre; los pobres no tienen nombre ni voz. Lázaro, al morir, encuentra amigos y felicidad eterna. ¡Cuántos ricos de hoy y de siempre ignoran a Lázaro e ignoran lo que les espera después de la muerte: el fracaso total de su vida! No se llevarán ni un centavo.

El Papa Francisco ha dicho que Las riquezas y los afanes del mundo "ahogan la Palabra de Dios" en el corazón del hombre y no la dejan crecer. Y la Palabra muere, porque no es conservada: es ahogada. En este caso, o se sirve a la riqueza o se sirve a las preocupaciones, pero no se sirve a la Palabra de Dios. ¿Qué hace en nosotros, qué hacen las riquezas y que cosa hacen las preocupaciones? Simplemente te quitan el tiempo".

La parábola del rico y Lázaro debe estar siempre presente en nuestra memoria; debe formarnos la conciencia. Cristo pide apertura hacia los hermanos y hermanas necesitados; apertura de parte del rico, del opulento, del que está sobrado económicamente; apertura hacia el pobre, el subdesarrollado, el desvalido. Cristo pide una apertura que es más que atención benigna, o muestras de atención o medio-esfuerzos, que dejan al pobre tan desvalido como antes o incluso más.

El problema, explica el papa Francisco, está en confundir las riquezas. Hay "tesoros riesgosos" que seducen "pero que debemos abandonar", aquellos acumulados durante la vida y que la muerte destruye. Hay un tesoro que "podemos llevar con nosotros", un tesoro que nadie nos puede robar, que no es "lo que has estado guardando para ti", sino "Aquel tesoro que hemos dado a los demás, eso es lo que llevamos. Y eso va a ser nuestro mérito, entre comillas, ¡nuestro 'mérito' es de Jesucristo en nosotros! Y eso es lo que tenemos que llevar. Y es aquello que el Señor nos deja llevar. El amor, la caridad, el servicio, la paciencia, la bondad, la ternura son hermosos tesoros: son los que llevamos. Los otros no".

El rico epulón, que idolatró sus riquezas poniéndolas en lugar de Dios y del prójimo, terminó en la máxima pobreza y ruina. Escarmentemos en cabeza ajena para no perdernos: el recto uso de los bienes materiales, los bienes verdaderamente importantes son los espirituales, y la Verdad sobre la Vida Eterna, que es ésta: después de la muerte no volvemos a esta vida terrena, sino que hay para nosotros salvación eterna o condenación eterna.